

## **Prólogo**

Es un camino largo desde el primer amanecer de nuestro tiempo como humanos. Las voces ancestrales dicen que el atardecer de nuestro ingenio ha llegado, tanto el orgullo y el poder no podrán prevalecer con el ciclo inagotable del infinito. Ayer eran otros seres, hoy somos nosotros, mañana serán otros seres.

Lorenzo Gill

# **PRIMERA PARTE**

# 1

## **Kuálexan y su juventud**

Cuentan las voces vivas del pasado que, en las montañas sagradas de Nukalindué (Sierra Nevada de Santa Marta), al norte de lo que hoy se conoce como Colombia, se hallaba una familia perteneciente a la cultura de los koguis. Como integrantes de una de las jerarquías mayores en la escala espiritual que, por los designios de los orígenes, sustentaban los conocimientos ancestrales a través de las prácticas milenarias que los sabios ancianos habían preservado por muchos ciclos. Estos cúmulos de conocimientos se sucedían a través de los relatos, cuentos e historias que alimentaban a las identidades propias del ser kogui. En aquellos tiempos, los sabios eran los ancianos que guiaban el sendero de las nuevas generaciones. Eran linajes eternos que habían sido erigidos desde los tiempos inmemoriales a merced de las comunidades Nukalindué.

En esos tiempos, se apreciaba una comunidad pequeña, compuesta de no más de cuatro familias que habitaban esa región apartada y fría. La comunidad se asentaba en unos cuantos bohíos hechos con lajas de piedras; normalmente, las familias tenían en promedio

seis hijos. También llegaban otras familias con gran frecuencia a solucionar sus problemas personales en aquel lugar sagrado, considerado así ancestralmente por su cercanía a las lagunas.

Aquellas familias se quedaban periodos cortos mientras consultaban a los sabios sus destinos personales y colectivos. En la comunidad había tan solo una persona ya anciana y dos señores de avanzada edad; estos eran quienes legitimaban la validez de los conocimientos antiguos. Era tan pequeña la comunidad que todos compartían el alimento, y los que llegaban eran tan bien recibidos que se les daba un espacio en los momentos de la comida; todos se sentaban alrededor de las ollas de barro y comían al mismo tiempo.

Generalmente, los que peregrinaban hacia esa región perseguían a los sabios por sus conocimientos, que, por referencias personales, voz a voz, llegaban a los lugares apartados en lo alto de la sierra sagrada, allá donde un riachuelo rebosaba de la madre laguna, Dumena, que más abajo se convierte en un río caudaloso pasando a un lado del pueblo Nugezhi, donde habita esta pequeña comunidad.

En una de esas cuatro familias había una niña de ojos curiosos y de cabellera azabache, que pertenecía a la familia que vivía en el centro de los caseríos. Era la hija menor de la casa, ella se llamaba Kuálexan. Inquietada por naturaleza, quería tocar el aire con sus manos y mover las nubes con sus soplos. Tirada en el pastoral que había a unos metros de su casa, vislumbraba en la lejanía el valle entre el mar y la sierra. Conocía a la

laguna sagrada y estaba deseosa de subir a los picos nevados con su padre, donde los ancianos entregaban los tributos a la madre tierra. La vida de Kuálexan fue marcada por muchos episodios desde que nació, era uno de esos hijos que tienden ser distintos a los demás, que no encajan en la familia; rara o adoptada, o tal vez hija de una semilla que un padre desconoció. Fuera lo que fuera, ella estaba allí, conociendo todo aquello que sus ancestros habían transmitido generación tras generación. Era claro que, desde su niñez, ella estaba destinada a ser la madre y sabia mujer de la comunidad, elegía permanecer con los sabios en la loma llena de piedras lisas donde los líderes se sentaban a sanar a la comunidad y a las personas que llegaban al territorio.

En aquellos días, el verano era tan fuerte que la tierra dejó de producir muchos alimentos en la parte más cálida de la sierra, la parte más baja en las cercanías del mar (nibuni). La comunidad sufría sequías, por lo que el papá de Kuálexan, el sabio Jate Tsiku, le dio las razones para que pudiera reflexionar en torno a la lluvia, y así lo hizo ella. Entonces, Kuálexan dedicó sus días siguientes a que las danzas de las abuelas trajeran la lluvia, para que estas volvieran a bailar sobre la tierra, y así se produjera de nuevo el alimento. Luego de estos días de reflexión y danza, envió razones a los pobladores de la parte baja; su recomendación se centró en algunos consejos básicos y algunas prácticas a implementar. Una de ellas era comprar lo menos posible el hierro, porque la concentración de este acumula calor y quema la tierra, la vuelve infértil; también evitar los

plásticos porque estos ahogan y cortan el flujo normal del agua, la vida; también que se les consultara a los sabios antes de talar cualquier árbol, porque son hermanos de nosotros en un pasado remoto y es necesario preguntarles a los padres espirituales sobre las plantas antes de cometer genocidio, pues tal vez no es necesario. También, les dijo que se deben preservar esas costumbres sobre las ceremonias de las cosechas, para que la naturaleza siga dando frutos, que amamante al hombre a través de la tierra negra; y que se debe respetar a los espíritus de todas las cosas vivas, ya que todas las cosas tienen una conciencia propia.

Fue en aquellas épocas que Kuálexan conoció al señor José Domingo Pambelé Ogando, este era un señor de tez negra, subía a la sierra después de cada dos lunas sin falta, intercambiaba los alimentos con las familias koguis de la zona. Las familias koguis cultivaban las cebollas de ramas, papas, frijoles, arracachas, yucas y batatas. En esos lares, al señor José Domingo Pambelé Ogando lo conocían por Négulu Pambelé, pues *négulu* es la apropiación de palabra *negro* del castellano. La familia de Négulu Pambelé vivía en las cercanías del mar, allá abajo en lo cálido, en la tierra azotada por el sol, lo que le exigía hacer un viaje de tres días de camino a aquellos lugares. Se quedaba en las casas de los hermanos koguis, y hacía trueques, con lo que daba otro tipo de alimentos a las familias de la sierra. Con temor en su rostro, había saludado Kuálexan a Pambelé, al tomarse las manos, ella le dio una apretada débil, como saludan los blancos. Aquellas veces Négulu

Pambelé subía solo con su asno de carga. Muchas cosechas las había subido él solo, pero tiempo después Né-gulu Pambelé fue en compañía de su hijo Juan Pambelé Bongo, un gen original y copia de su padre. Cuando Né-gulu Pambelé empezó a llevar a su hijo, Kuálexan ya era adolescente.

Este joven, que en su rostro reflejaba el aire de su padre, con sombrero de paja y con cabello crespo, negro como la tierra fértil, soportaba los vientos y el clima frío de la sierra; disfrutaba la belleza natural de las montañas, las altas cascadas, levantadas y soportadas por las grandes piedras de gran altura, pasaban papá e hijo por aquel camino peligroso que conducía a las partes más altas de la sierra, que con un resbalón era una condena a muerte. Los precipicios infunden terror a los que no son de esa región. Aun así, el asno de esta familia llegaba con el cargamento sin afán a los pueblos koguis. En una ocasión, su primera parada fue en el caserío de Jate Tsiku, padre de la joven Kuálexan, el gran sabio que vivía al pie de la montaña sagrada, muy cerca donde las nieves congelaban los riachuelos. La noche se aproximaba y la helada se sentía en el aire seco con suaves brisas que bajaban de los nevados y que helaban las manos de la familia Pambelé que iba al paso del asno. Ellos alcanzaban a divisar las casas que les generaban una calidad seguridad donde los koguis.

Llegaron ya tarde a la casa del sabio, que estaba con el acostumbrado gorro de algodón y rayas negras, sentado encima de su piedra lisa de reflexión, a un lado

del camino. Este consultaba los conocimientos a la madre, mientras apuntaba su dedo índice derecho frente a él, y su mano izquierda la tenía metida bajo su brazo derecho, contra la costilla, para obtener algo de calor. El sabio Jate Tsiku, al ver a su viejo amigo Négulu Pambelé, se levantó de su piedra y lo saludó con algunas palabras en castellano. Su cara mostraba la alegría de volverlo a ver.

—¿Cómo estar Négulu Pambelé?, ¡qué bueno que estás llegando tú! —ofrecía el saludo con su mano disecada por el frío, sus brazos llenos de tiras de manecillas hechas de algodón con algunas cuentas de colores.

—Bien compay, ¿cómo tá usted...? —le respondió Négulu Pambelé.

—Aquí, consultar a la madre, pedir lluvia para cultivo maíz —le respondió Jate Tsiku.

—¿Sí, Jate?, qué bien, allá abajo no dio cosecha, se perdió la cosecha, Jate —le indicó el señor Pambelé mientras ofrecía su mirada hacia las tierras bajas y en su rostro mostraba preocupación, sostenía una leve tristeza en sus ojos.

—Yo consultando a la madre y hay que hacer pagos por agua, la madre necesitando tributo, y han dicho que así será futuro; sin agua y nuestros hijos sufriendo, por no valorar la mujer agua, solo abusarla, violarla todos nosotros y se nos está olvidando hacer los tributos —expresó Jate Tsiku, con un rostro serio y reflexivo.

—Qué mal Jate, tonces por eso tai haciendo pago —recalcó su amigo.

—Sí, señor —respondió el sabio mientras se dirigía a su casa ceremonial indicando a su amigo que lo siguiera.

Cuando llegaron a la casa, el sol ya se ponía detrás de los picos nevados y el fin del día se coloreaba de anaranjado, que por el reflejo de las auroras del atardecer embellecía aquel lugar. Négulu Pambelé venía detrás del sabio, con su hijo y el asno que traía el cargamento. Jate Tsiku les dijo:

—Creciendo está su hijo Yon Pambelé —le decía con aprecio con ese nombre, ya que lo había conocido cuando el sabio había bajado a las playas de Palomino a recoger las conchas del mar y se había quedado varios días en la casa de ellos.

—Sí, también tu hija Kuálexan, Jate —le respondió Négulu Pambelé, con el acento caribeño y de voz gruesa. Evidenciaba una mala pronunciación en kogui para nombrar a la hija del sabio.

Al llegar a la casa, el sabio les ofreció sentarse a las afueras de las casas ceremoniales, en una de las piedras que sobresalían en medio de las casas, mientras él entraba en su casa para buscar algo de alimento y ofrecerles comida. Las hijas del sabio habían preparado algunas arracachas y batatas dulces cocidas en agua, y con un pedazo de carne de res secada en el sol, preparada con agua y cebolla. Les sirvió en una vasija de totumo, mientras seguían conversando ellos dos. Después de que terminaron de comer, el sabio les invitó a sentarse debajo del palo de arrayán que estaba en medio de las casas para conversar de los productos que traía el Négulu Pambelé.

El sabio seleccionaba cuidadosamente los alimentos nuevos que el negro había traído, de los cuales sus favoritos siempre fueron los peces y las carnes de carneros. Se levantó rápidamente después de escoger aquellos productos y se marchó a la casa de la Saxa, su sabia esposa. Sentándose en la entrada de aquella casa hecha de pajas, hablaba a sus hijas para que prepararan rápidamente aquellos alimentos, pues quería comer con su amigo Négulu Pambelé. En ese momento, el sol ya se había ocultado del día, y en las penumbras, la familia negra tendría que quedarse. Para Yon Pambelé era su segundo viaje con su padre en aquella región.

Ya cuando la noche se asomaba e iniciaba su rutina, entraron en la casa de la Saxa para compartir lo que se había cocinado. Sacaron las ollas de barro para compartir la comida, se sentaron todos juntos en círculo, alrededor de la única olla que contenía los pescados cocidos y los comieron acompañados de papa, que había cultivado el hijo mayor del sabio Jate Tsiku. También allí estaba Kuálexan y el pequeño joven Yon Pambelé. Estaban frente a frente, y las miradas eran herramientas para observarse cuando la luz de las llamas iluminaba a un solo lado de la cara. Esa noche, bajo la luna nueva y el frío de la sierra, bajo el abrigo de la noche y en compañía del sabio y de Négulu Pambelé, empezó a nacer aquella sensación rara para los dos jóvenes.

Mientras los padres conversaban sentados en hamacas, bañados con los colores de las llamas de fuego, los jóvenes se miraban como si solo observaran esos ojos negros y esa morena piel; y Yon sentía como si de ella